

Abdelaziz Báraka Sakin

El héroe cuyos sueños se elevaron como un dron

Traducción de Rafael Ortega Rodrigo



LITERATURA
ÁRABE
CONTEMPORÁNEA



Abdelaziz Báraka Sakin

El héroe cuyos sueños se elevaron como un dron



2 0 2 5

COLECCIÓN
NARRATIVA ÁRABE CONTEMPORÁNEA

dirigida por:

Rafael Ortega Rodrigo
José Miguel Puerta Vilchez

Coordinación editorial: José A. García Sánchez

Título original árabe: الأشوس الذي حلقت أحلامه مثل طائرة مسيرة

Autor: Abdelaziz Báraka Sakin
Manshurat 'Andalib, 2024

Traducción del árabe:
Rafael Ortega Rodrigo

© Abdelaziz Báraka Sakin
© de la traducción del árabe: Rafael Ortega Rodrigo

Diseño de cubierta:
Natalia Arnedo

© Ilustraciones: «Dibujos de la guerra» Serie de Rashid Diab 2024

Editorial Comares, S.L.
Polígono Juncaril
C/ Baza, parcela 208
18220 • Albolote (Granada)
Tlf.: 958 465 382

E-mail: libreriacomares@comares.com

<http://www.comares.com>

<https://www.facebook.com/Comares>

<https://twitter.com/comareseditor>

<https://www.instagram.com/editorialcomares>

ISBN: 978-84-1369-972-1 • Depósito Legal: Gr. 984/2025

Fotocomposición, impresión y encuadernación: COMARES

A mi madre, Mariam Bint Abu Yibrín

«El mal no siempre es resultado de las malas intenciones,
sino que casi siempre es resultado de la incapacidad de pensar»
(Hannah Arendt)

«Reclutad gente pobre, la guerra os hará ricos»
(Dicho de Los Héroes)

SUMARIO

HEMBRA CON FUNCIÓN DE MUJER	1
EL AMANTE DE LA SOSPECHA ES HÉROE	11
EL AGENTE DE VENTAS Y EL MAL AUGURIO	21
EL ABRAZO DE LOS CADÁVERES	35
LOS QUE SOSPECHAN	51
TAYYEB MUSHARRAF	65
BANAT SHALÁÍ	71
EL BANQUETE DE BODAS DE LOS HÉROES	81
SU ARTIMAÑA	101
LOS SEIS SIGNOS	115
EL SIGNO DE LOS REYES	119
EL SIGNO DE LEVANTARSE	125
EL SIGNO DE SALMA	129
EL SIGNO DE LAS TRES TÍAS	133
EL SIGNO DEL <i>DAMBARÍ</i>	137
EL SIGNO DE ACASO NO LO VEIS	149
EL SIGNO DE LAS SIETE SALVADORAS	155
SOBRE EL AUTOR	163
SOBRE LA NOVELA	165

HEMBRA CON FUNCIÓN DE MUJER

El combatiente al que le gustaba que le llamaran por su nombre completo, «el Héroe General del Estado Mayor Wardan Wadalfil», se despertó molesto con el canto «del gallo de Alawad», esa extraña e irritante ave propiedad del difunto Alawad Wadalawad, el dueño de la casa en la que residía ahora el Héroe General del Estado Mayor Wardan Wadalfil. A Alawad Wadalawad le había matado el propio Héroe varios días atrás. Con una pistola le disparó una bala en el oído derecho que atravesó el cráneo y salió, acompañada de una cantidad razonable de sesos y huesecillos, por el oído izquierdo con el consiguiente sonido de la explosión y un olor a sangre fresca. El Héroe creía que disparar una bala en el oído derecho de un ser humano era un castigo apropiado si la persona no atendía a unas órdenes claras, porque si no Dios, el Señor del universo, había pegado dos orejas protuberantes en la cabeza del hombre como las de los elefantes, las camellas, los zorros, las cabras, los ratones y demás alimañas: «Dios no ha creado nada en vano».

Con la ayuda de algunos de sus Héroes guerreros sacaron el pesado cadáver de Alawad al arroyo que corría por detrás de la casa por el oeste. Lo arrojaron entre los arbustos de fresno y los cardos cuyos frutos espinosos se habían secado, y los arbustos de ricino que crecen en abundancia espontáneamente por el lugar, en los arroyos estacionales, a orillas del río, bajo los muros de las casas, en el terreno del proyecto o donde quiera que sea. Y como escarmiento, advertencia y ejemplo para los demás, dejarían el cuerpo al aire libre para que se

fuera descomponiendo lentamente y sirviera de alimento a los gatos salvajes y fuera devorado por las moscas que, en engullir cuerpos en descomposición al sol compiten con los perros callejeros. Desde el estallido de la guerra, manadas de perros callejeros habían comenzado a rondar en busca de cadáveres de soldados, de Héroes y de ciudadanos dispersos por caminos y riachuelos o en el interior de casas cuyas riquezas no tenían quien las ocultara. Ahora le venía a la cabeza aquel momento en que con ayuda de los Héroes sacaron el cadáver y lo dejaron en el arroyo pocos días atrás y recordó la frase que pronunció con asco: «¡Que se lo coman los perros!»

Cuando el Héroe General del Estado Mayor Wardan Wadalfil salió de la ciudad de El Gueneina, después de la masacre de la tribu de al-Masra, con su grupo al que la gente llama «trampa mortal», de la que ninguna presa puede escapar, pasaron por Jartum. No para participar en la guerra, pues su misión estaba en otro lugar, sino para reunirse personalmente con uno de los mayores líderes. Entonces vio con sus propios ojos una jauría de perros salvajes recorriendo las calles de Jartum y Omdurmán, alimentándose de la carroña de los cadáveres diseminados por caminos y callejuelas. No había visto nunca algo así. Sintió miedo porque algunos cuerpos pertenecían a Héroes que vestían el mismo uniforme que él. Al investigar la identidad de algunos de ellos, los reconoció. Uno había trabajado con él de corredor en un desguace de coches en la ciudad de Nyala, conocía su familia y su casa, es más, había comido con él muchas veces. El Héroe General del Estado Mayor Wardan Wadalfil pensó en su propio final. ¿Acabará igual que él? ¿Comido por perros rabiosos? O tal y como le prometió el comandante emir, el Gran Héroe, ¿vencerían a los restos del viejo régimen, a los islamistas, los del norte, los esclavos, los siervos, los defensores del Estado del 56? Así aplicarían el régimen democrático perdido y a partir de entonces Sudán estaría bajo su control y les vendría como anillo al dedo.

Entonces, el Héroe General del Estado Mayor Wardan Wadalfil sería miembro del Parlamento o ministro. Por lo menos

un destacado comandante del nuevo ejército sudanés creado de las cenizas del ejército de los islamistas acorralado ahora por los Héroes «y que pronto exhalará su último suspiro». No aceptará un grado menor de general del Estado Mayor en el nuevo ejército que dirigirá la familia del Gran Héroe Wadammati. Después recordó de nuevo su frase, la que pronunció el día de la muerte de Alawad Wadalawad, en cuya casa reside él ahora: «¡Que se lo coman los perros!». Sintió que los perros devoraban su propio cadáver en descomposición y masticaban sus huesos. «¡Que Dios les maldiga!»

Expulsó esos pensamientos negativos e inconvenientes de su mente y acto seguido balbuceó palabras cuyo significado el Héroe desconocía. Era momento de trabajar. Con algo de tensión, introdujo los pies en las botas militares, no sin dificultad. De repente, recordó que llevaba puesta la chilaba del asesinado dueño de la casa, una chilaba que le venía grande, pues el Héroe Wardan Wadalfil era un hombre bajito, robusto, con tendencia a estar delgado, tenía pies grandes, un rostro moreno alargado y si a este aspecto se le añadía la barba larga y el abundante pelo parecía una cabra salvaje con peluca. Se quitó rápidamente la chilaba y de dos nerviosos tirones se quitó las botas, es más, se las arrancó de los pies. Siempre le agobiaba llevar calzado cerrado en sus grandes pies, pero a veces las calzaba para completar su grandeza militar, símbolo de autoridad y distinción. Se puso a buscar su uniforme militar, que estaba al alcance de la mano. Lo encontró tirado en el suelo al lado de la cama. Introdujo el cuerpo en el pantalón caquí, el traje le quedaba un poco holgado. Luego, irritado, volvió a calzarse las botas de piel. Entonces se dio cuenta de que tenían unas manchas de sangre negra y reseca, escupió en los dedos e intentó quitarlas. Algunas desaparecieron, otras no. Masculló palabras en un idioma sin pensar lo que significaban. A menudo, se le escapaban involuntariamente palabras, risas, o incluso canciones, una costumbre que le afectaba de nacimiento. Algunos religiosos le explicaron a la madre que se trataba de un genio benigno que habitaba la garganta de su hijo y en otros órganos

que no mencionaron. Un genio del que no se podía deshacer y que no era dañino: «un genio bueno, útil y amistoso». Sí, muchos aseguraron que era «amistoso». Dejó el asunto de lado o fingió olvidarlo y siguió poniéndose el cinturón e inspeccionando las dos granadas y el equipo de comunicación.

De repente, se acordó de Salma, la esposa de Alawad, el hombre al que había asesinado y cuyo cadáver había arrojado al arroyo de detrás de la casa, y de que no había podido conseguirla en toda esa semana. «Tengo la regla», le había dicho, pero le prometió que pronto sería suya en el patio completamente engalanada. «Te vuelvo loco», y luego lo besó. «¡Ten paciencia con ella, Héroe General del Estado Mayor Wardan Wadalfil!». Luego se mordió el labio inferior disgustado y enfadado: «¡Soltera, más que soltera!».

El Héroe General del Estado Mayor Wardan Wadalfil no era, por naturaleza, paciente con las mujeres que formaban parte del botín. Es más, las atacaba como atacan las fieras a sus presas. No le importaba si estaba menstruando o no, si era una niña virgen, una mujer casada o si acababa de dar a luz. Lo que le importaba era pasar el rato y creía que estaba en su derecho, siempre y cuando pudiera capturarlas. Eran su botín y él era libre de reunirse con él cómo y cuándo quisiera.

Pero la cuestión era diferente con Salma, pues desde el momento en que él la vio junto a la puerta mirando el cadáver de su esposo asesinado, apreció en ella algo extraño que no podía explicar. Sintió algo de miedo, quizá por esa dureza que mostró, pues ni gritó ni lloró, no derramó ni una sola lágrima, lo cual era extraño, inusual, alarmante. No era lo que se espera de una persona ante el cadáver de alguien que le importa, como una esposa que ve a su esposo en un charco de sangre. El Héroe sintió pena, sintió que ella mataba su orgullo privándole del sentimiento de victoria.

Quería follarla. Le dio un plazo de tres días y a la noche siguiente llamó a su puerta. Lo hizo suavemente como quien quita la tierra de una mina terrestre. Ella contestó rápidamente como si hubiera estado esperando la visita. Llegó su voz desde

detrás de la puerta cerrada preguntando quién llamaba y el genio de la boca del Héroe le susurró a su interlocutor: «Eres despreciable», y el Héroe sonrió. Con dificultad y con la voz ahogada pudo contestar: «El Héroe General del Estado Mayor Wardan Wadalfil». Tras un breve silencio, abrió la puerta. Envolvía su cuerpo en un vestido y cubría la cabeza con una tela negra de seda. Le preguntó que quería y tras una breve vacilación le respondió:

—No podía dormir y pensaba en ti.

—¿Piensas en mí y no en la democracia? —le dijo con malicia mientras una media sonrisa se dibujaba en sus labios reseca-

El genio de la boca sonrió pues la respuesta de Salma le había sorprendido. Pero el Héroe se controló con dificultad, tartamudeó un poco y con una falsa presunción habló como un político novato recién graduado en cuestiones de debate:

—La democracia está al alcance y hemos jurado que la haremos realidad, la traeremos con los hombres y las armas, incluso si no queda nadie sobre la faz de la tierra, con la última bala y el último hombre.

Guardó silencio brevemente y añadió en una mezcla de timidez y lujuria de la que emanaba un olor a semen mientras intentaba tragar saliva con dificultad:

—¡Pero sinceramente, te quiero a ti!

No la atacó como se ataca a un enemigo en una buena emboscada, como haría con las otras mujeres cautivas. Salma no le rechazó ni opuso resistencia, no le maldijo ni le censuró. Tranquilamente le dijo que era suya, que le deseaba, que tenía ganas de él, pero bajo sus propias condiciones y según las circunstancias de las mujeres que un hombre fuerte como él debía respetar. Acto seguido se le acercó y le sorprendió besándole en su boca húmeda por la saliva y habitada por el genio del que ella no sabía nada. Él no esperaba semejante sobresalto. Cómo podía una mujer cuyo esposo había sido asesinado pocos días antes aceptar voluntariamente practicar sexo con él, en lugar de ahogarse en la pena u odiar al asesino, que era él, a pesar de negarlo, pues el asesino había sido desenmascarado porque

huele a los huesos podridos de los muertos y en su voz está la llamada de sus almas. Y sabía que ella sabía: «¿Qué clase de mujer es esta?». Entonces la deseó más todavía. Su miembro se movía con dificultad debajo de su bata, como un escorpión que busca la salida de entre los escombros. El Héroe deseaba quebrar ese orgullo femenino que consideraba odioso y despreciable y esa dureza por parte de una mujer cautiva, o de un prisionero, en la que no confiaba. Algunos y algunas habían lamido sus botas para que les permitiera vivir, pues sabían que él podía quitar la vida a quien quisiera. Nunca se había enfrentado a una situación así.

«Vendrá a ti por su propia voluntad
La aniquilarás como hiciste con las que le precedieron
Orinarás sobre ella
Dejará tu lecho llorando
Mientras tu ardiente fluido goteará entre sus muslos
La harás gritar
Te rogará y suplicará
Quizá te describa como un criminal o el asesino de su
esposo
Te abofeteará
O te morderá
O te estrangulará y tú no vacilarás en aplastarla como si
fuera un insecto en tu bota
Es un tipo diferente de cautiva
Pero qué te ofende, Héroe General del Estado Mayor
Wadalfil, si el resultado es siempre el mismo»

Entonces descansará y recuperará su dignidad humillada, sentirá la victoria y satisfará el instinto de posesión que la humilló. Ella no es más que botín de guerra y tienen que anunciar su derrota y su capitulación. «La destruiré».

Entre dientes le dijo:

—Buenas noches.

—Hasta mañana —le respondió Salma esbozando con alguna dificultad una sonrisa en los labios.

Ella añadió que tuviera paciencia, lo que inflamó la locura de sus deseos desvelados y exasperó su desenmascarada lascivia. Como hembra que comprende muy bien que el hecho de que un hombre espere a una mujer creyendo que ella es fiel significa mucho para el hombre, incluso si es el Héroe Wardan Wadalfil el de los pies grandes y anchos al que no le sirven las botas, todo lo que ella hizo fue poner el esperma de la fe en su fidelidad en las purulentas entrañas de él, las regó con un beso y las dejó crecer tranquilamente. Lo que no sabía el Héroe General es que «soy una hembra y que mi función es ser mujer».

El irritante gallo de Alawad, del que la gente del pueblo decía que ni se le puede herir ni detener, gritaba continuamente, lo cual desconcertaba al Héroe y distraía los pensamientos sobre su cautiva. Comenzó a maldecirle mientras recogía algunas de sus pertenencias esparcidas: una vieja mochila polvorienta de piel llena de oro, brillantes artículos de mujer y dos abultados fajos de dólares. En la mochila también había un viejo revólver Colt al que le tenía cariño y solo utilizaba en ocasiones especiales, como disparar en esos oídos mezuquinos que no oyen bien y no acatan las órdenes; un rifle automático moderno; tiras de munición; dos granadas de mano; un equipo manual de comunicación; el teléfono móvil que le quitó a una vieja en anteriores combates y que a pesar de que le lanzó los peores insultos posibles no la mató: «Yo no mato mujeres». Pero solo él sabía por qué no la había matado, porque le recordaba a su madre. Incluso la expresión que le lanzó, «¡qué débil! ¡qué decepcionante!» era la misma que utilizaba su madre para insultarle cuando faltaba a la clase del jeque al que le había enviado para memorizar El Corán.

El Héroe General del Estado Mayor Wardan Wadalfil no intentó disparar otra vez al gallo que se había posado fuera en el muro cantando, aunque palpó en varias ocasiones su pistola. Había renunciado a matarlo después de que él y todos los demás Héroes no pudieran cazarlo ni matarlo desde el día en que entraron en la aldea. Le habían disparado un montón

de balas como si se tratara de un avión de combate volando raso sobre las cabezas de un batallón de Héroes. Los tiradores, que eran capaces de darle a una langosta atrapada en una tormenta de arena, como ellos mismos decían, le dejaron escapar. Los Héroes le lanzaron piedras y corrieron tras él de pared en pared, le persiguieron por los callejones en los veloces vehículos militares Toyota. Gritaron, discutieron a gritos, chillaron, lloraron, se asustaron y después, se dieron por vencidos y dijeron basta.

El gallo volaba ligero como un águila, corría como un avestruz y saltaba los muros como una pantera. Cantaba con una voz chillona, desagradable y terrible como si tuviera la garganta de un león, la mandíbula de una hiena y la voz de un pájaro cantor o como si se tratara, según algunos de ellos, del maldito diablo, o según la expresión propia de los Héroes: «Como el aire que no se contrae, no pasa, no muere, no tiene miedo ni permanece en silencio». El genio que habitaba en la garganta del Héroe le definió como que tenía la astucia del zorro, la ambigüedad del hacha, el rebuzno del burro, la belleza de las serpientes y la sutileza de las mujeres. ¡Qué Dios nos proteja de la ira de Dios!

Después, todos los Héroes decidieron dejar el gallo a su aire considerando que su odioso canto era un mal presagio inevitable. Más tarde, le llamaron «el gallo del viejo régimen» y con «el viejo régimen» los héroes querían decir todo aquello o todo aquel que querían matar. Es el amuleto que ahora le salva del remordimiento de conciencia y más tarde le salvará del tormento de la tumba y, como le dijeron si mataba o resultaba muerto, le haría entrar en el paraíso después. Lo situaba al mismo nivel que aquellos que contribuyeron a desarrollar su conciencia con discursos y teorías, los que le dieron el rifle y le enseñaron a disparar, y las delicias de hacer prisioneros y apoderarse del botín. Esos que luchan con el pensamiento, la palabra y el dinero, lejos del campo de batalla. Él es su máquina de guerra y ellos son su apoyo espiritual. Ese destino común en este mundo conducirá, definitivamente, a un destino

compartido en el más allá: «La persona resucitará con sus seres queridos, Amén».

Si el Héroe sigue vivo después de la guerra, ese bendito amuleto lo convertirá en un héroe nacional, salvador del pueblo del mal de los restos del viejo régimen, uno de los que trajeron la democracia y consolidaron los derechos humanos que fueron violados durante la era del anterior gobierno. Así que acabar con los restos del viejo régimen, tomar cautivas a sus mujeres, saquear sus casas y apoderarse de sus propiedades, «que, según le dijeron, fueron obtenidas ilegalmente del dinero del pueblo», ese era el deber fundamental que debía cumplir. Y los restos del viejo régimen son:

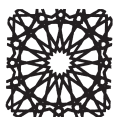
Todo el que cree el Héroe,
O piensa el Héroe
O quiere el Héroe
O desea el Héroe
O duda el Héroe de que son restos del viejo régimen

La sangre de los restos del viejo régimen, sus riquezas y su honor están permitidos. Quien se haga con ello será recompensado. Son esas presas de carne deliciosa que desean los Héroes, entre cuyos huesos, sangre, griterío y el olor de su carne asada, se esconde la democracia y el gobierno civil. El Héroe tiene que recoger esta evasiva democracia con el cañón de su rifle, o con los fragmentos de sus proyectiles de artillería. Y si el asunto lo requiere, con la hoja de su cuchillo, o con su miembro entre los muslos de las mujeres. Para ofrecerlo como dote al Gran Héroe, el comandante en jefe de muchas almas quien, a su vez, las dedicará a los pueblos sudaneses sedientos de un gobierno civil: «Amén».



«Dibujos de la guerra». Serie de Rashid Diab 2024

La historia gira en torno al «Héroe» Wardan Wadalfil, un combatiente mercenario sudanés que sueña con riquezas y prestigio gracias a la guerra que ha estallado en el país en abril de 2023. Sin embargo, su destino da un giro dramático cuando una mujer, cuya venganza es impulsada por el asesinato de su marido, lo involucra en una trama que lo arrastra a un conflicto de poder e intriga personal. El personaje del «Héroe» se interpreta como un símbolo de los líderes militares corruptos y oportunistas que manipulan conflictos en su propio beneficio. La novela arremete contra la guerra y sus consecuencias, resaltando la explotación del fanatismo, la ignorancia y la superstición en medio del conflicto. Es una obra valiente que denuncia el militarismo, la manipulación social y los estragos de la guerra en Sudán. Báraka Sakin construye una narrativa densa que cuestiona las estructuras de poder y la condición humana. Su estilo simbólico invita a lecturas prolongadas y reflexivas, aunque su actualidad y dureza han generado debates sobre la función del arte en tiempos de conflicto.



COMARES
editorial

ISBN 978-84-1369-972-1



9 788413 699721